

PUNK ROCK BLITZKRIEG

MI VIDA EN LOS RAMONES



MARKY RAMONE
CON RICH HERSCHLAG

LIBROS CÚPULA

MARKY RAMONE
CON RICHARD HERSCHLAG

PUNK ROCK BLITZKRIEG
MI VIDA EN LOS RAMONES

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Originalmente publicado en inglés con el título *Punk Rock Blitzkrieg* en Touchstone (Simon&Schuster, Inc.)

© Marc Steven Bell, 2015

© de la traducción: Pedro Fernández, 2015

Primera edición: mayo de 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2139-9

Depósito legal: B. 4.476-2015

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo

1. Un ritmo diferente 15
2. Del polvo... 35
3. ...al polvo 53
4. El polvo se asienta 65
5. Punk , dolor y Wayne
6. La cocina del infierno 93
7. Llamada de Londres 109
8. Hey Ho, Let's Go! 123
9. El largo regreso a Alemania 141
10. No somos estudiantes: somos Ramones 157
11. Muro de sonido 179
12. Economía de goteo 199
13. Ponme una silla y súbeme a un avión 217
14. Los chicos M&M 241
15. En llamas 255
16. Días de perros 269
17. El camino desde el desastre 287
18. Rey por un día 303
19. Del punk al pop 321
20. Hola, tenemos que irnos 353
21. Un mundo maravilloso 351

UN RITMO DIFERENTE

El padre de mi padre, Peter Bell, llegó a América desde Holanda en 1920 con mi abuela. Mi padre nació en Hoboken, Nueva Jersey, el 11 de agosto de 1931, y le bautizaron Peter, como mi abuelo. Mi abuelo fue cocinero en el Copacabana durante diez años, antes de convertirse en chef principal del Club 21. El Copa, como le llamaban, estaba en la calle 16 Este de Manhattan y era propiedad del capo mafioso Frank Costello. Allí debutaron Jerry Lewis y Dean Martin. En los cuarenta y los cincuenta, si eras cantante, líder de una banda o humorista y llegabas al Copa, habías llegado a la cima y punto.

Mi abuelo trabajó en el 21 durante dieciocho años, en lo más alto de sus días de gloria. Fundado durante la Prohibición y ubicado en la calle 52 Oeste de Manhattan, era un sitio fácil de identificar por las estatuas de jockeys pintadas que remataban la entrada principal. Si uno era alguien, comía en el 21. Mi abuelo conoció y se codeó con estrellas como Humphrey Bogart, Jackie Gleason y Judy Garland. Y no eran batallitas de viejo, ¡tenía fotos que lo demostraban! Siempre que íbamos a casa de los abuelos, me quedaba embobado delante de las fotos, admirado de que conociese realmente a las mismas personas que yo veía en la tele y el cine.

En 1944, mi padre y sus padres se mudaron de Hoboken a Brooklyn. Mi padre asistió a la escuela primaria PS 217 de la avenida de Coney Island y allí conoció a mi madre. Su nombre de soltera era Gertrude Joest. Casi todos la llamaban Trudy. Su madre, Johanna, era francesa, y su padre, Julius, alemán. Emigraron a América en 1923 y se establecieron en Willoughby, Ohio. Mi madre nació el 10 de septiembre de 1931 en la casa familiar. Julius era ingeniero eléctrico y su familia, de clase media, pero por aquel entonces la mayoría de partos los atendían comadronas y no hospitales.

Cuando mi mamá tenía sólo dos años, su madre murió. Poco después, su hermano mayor, Fredrick, falleció con diez años causa de una neumonía.

nía. La pequeña Trudy y su padre se mudaron a Cleveland, donde residieron unos cuantos años antes de establecerse en Brooklyn, Nueva York. Durante un par de años vivieron en Ocean Parkway y luego se mudaron a un bloque de apartamentos de ladrillo de cuatro pisos en el 640 de la avenida Ditmas, pocas manzanas al sur de Prospect Park. Era un respetable barrio de clase obrera conformado, sobre todo, por modestas residencias privadas.

Mamá y papá habían sido amigos durante algunos años antes de empezar a salir, en torno a los dieciocho. Como un año más tarde, el 15 de diciembre de 1950, se casaron en el ayuntamiento de Lower Manhattan. El 15 de julio de 1952, mi hermano gemelo Fred y yo nacimos en el New York Infirmery Hospital.

La familia y mi abuelo Julius vivíamos en un edificio de ladrillo de tres plantas sin ascensor justo a la vuelta de la esquina de la calle President y la avenida Rogers, en la zona de Brooklyn que se conoce como Crown Heights. Los edificios eran contiguos, solían tener una pequeña tienda en los bajos y contaban con un tramo de escaleras que subía hacia los apartamentos. Fred y yo compartíamos una habitación con literas, cosa que no nos suponía ningún problema ya que nos llevábamos realmente bien.

Mi padre era estibador y miembro del sindicato, y mi madre trabajaba como secretaria. Fred y yo asistimos a una guardería que practicaba la integración racial en Bedford-stuyvesant, un barrio que quedaba justo al norte. A mediados de los cincuenta, la mayoría de barrios sufrían la segregación, pero a Fred y a mí nos encantaba estar con chicos de otras culturas e hicimos amigos enseguida.

Una de las rarezas de nuestra guardería era el autobús escolar, porque no teníamos. En su lugar había un Cadillac funerario reconvertido en una especie de minibús. Era grande y negro y llegaba a la escuela como si se celebrase un funeral. Cuando los chicos veíamos llegar el coche fúnebre, corríamos para tratar de ser los primeros en hacernos con un sitio en el asiento de atrás. Era espacioso y acolchado, y era guay pensar que ese mismo compartimento se había utilizado antes para llevar cadáveres. Me encantaba hacer el viaje con la ventanilla bajada. A todos nos gustaba mirar por la ventana trasera y hacer muecas a los coches que nos seguían.

Lo único que me fastidiaba de la guardería era la siesta que nos obligaban a hacer a mediodía. Se me hacía muy raro que nos pusieran a todos so-

bre pequeñas esterillas y apagaran las luces. Por las ventanas, la luz del día entraba a raudales. Sabía que debía estarme quieto como los demás, pero no era fácil. De ningún modo iba a dormirme, así que todo lo que hacía era quedarme allí tumbado y cerrar los ojos, fantaseando sobre las cosas que podía estar haciendo en lugar de dormir la siesta. Estantes abarrotados de juguetes llenaban la sala —bloques de madera, muelles, plastilina, Mr. Potato, un tren eléctrico—, todos rogando que alguien jugase con ellos. Tras la siesta los profesores nos dejaban jugar a nuestro aire, sobre todo fuera, donde podíamos correr por el patio y fabricar nuestros propios juegos. Para mí, estar tumbado en aquella esterilla fingiendo dormir era una gran pérdida de tiempo.

En 1957 Fred y yo cumplimos los cinco y volvimos con el abuelo Julius al bloque de cuatro pisos del 640 de la avenida Ditmas, donde mi madre había vivido de niña. Las literas se vinieron con nosotros, de modo que seguí compartiendo habitación con Fred. Ningún problema, ya que aún nos llevábamos bien.

Papá y el abuelo Julius pusieron toda su habilidad mecánica a trabajar para nosotros y nos ayudaron a construir un enorme tren eléctrico con el que pasábamos horas jugando. Papá también nos inició en la construcción de maquetas de plástico de coches, aviones y barcos de guerra. A Fred le encantaba hacer maquetas de los monstruos de los estudios Universal: la Momia, Drácula, el Hombre lobo y la Criatura del Lago Negro. Los pintaba con enorme realismo.

Para las maquetas necesitábamos un pegamento cuyo olor era tan fuerte que penetraba con intensidad por las fosas nasales. Olía tan mal que olía bien y nos colocaba un poco. Era otra de las ventajas del modelismo.

En cuanto llegamos a la escuela primaria se acabaron las siestas. En la PS 217 se habían conocido nuestros padres. Mamá nos preparaba las fiambreras. Durante el almuerzo, jugábamos en el patio. Me entendía bien con la mayoría de chicos, aunque nos peleábamos de vez en cuando. Una vez, en los baños, un chaval me acusó de robar su zumo de uva. ¿Por qué diablos iba yo a robar zumo de uva? De modo que nos liamos allí mismo, junto a los urinarios, hasta que uno de los profesores entró hecho una furia y nos separó. Eran cosas de críos.

Cuando Fred y yo llegamos a casa, nos quedábamos a cargo del abuelo Julius hasta que mamá y papá volvían del trabajo. El trato era que debíamos

quitarnos de encima los deberes antes de jugar. Si hacía mal tiempo, veíamos repeticiones de «Los tres chiflados», Abbott y Costello o las «Aventuras de Superman». «Los tres chiflados» era seguramente mi programa favorito, porque era un sinfín de bofetadas, golpes y porrazos, pero sin perder la unidad: eran un equipo. Era como ver tres comedias en media hora.

La mayoría de los días esperaba a la puerta de nuestro edificio a que mi padre regresara del trabajo. Cuando lo veía llegar, corría hacia él y le daba un abrazo. Admiraba mucho a mi padre. Era muy tranquilo en casi todo, aunque se ponía firme si había que hacerlo. Mi papá medía más de un metro ochenta y superaba los cien kilos de peso, y llevaba aquellas gruesas gafas con montura negra que estaban de moda por entonces. Me recordaba a Clark Kent. Mi madre parecía una actriz. No tenía pelos en la lengua y se ponía seria cuando tocaba. La relación entre ellos parecía fantástica. No recuerdo haberles oído discutir una sola vez. Si lo hicieron, nunca fue delante de nosotros.

Cuando el tiempo lo permitía, Fred y yo solíamos jugar a *punchball* o *stickball* con los amigos del barrio. El *stickball* era básicamente un béisbol callejero que se jugaba con un palo de escoba. Cuando nos aburríamos de aquello nos dedicábamos a cosas más emocionantes, como trepar por escaleras de incendio o colarnos en los cuartos de calderas. Nos peleábamos con chavales de otros bloques del barrio, en general porque alguno estaba en el territorio de otro. Éramos chicos normales de Brooklyn.

Un día particularmente aburrido, un amigo tuvo la gran idea de atar un montón de almohadas y sábanas y fabricar un muñeco humano. Hicimos un buen trabajo, teniendo en cuenta que no éramos profesionales. Subimos el muñeco a la azotea del edificio y esperamos a que pasara alguien.

La sincronización era fundamental. Cuando apareciera alguien por la acera, a unos quince metros de nuestro objetivo, lanzaríamos el muñeco por encima del muro y gritaríamos con todas nuestras fuerzas como si alguien hubiera saltado. Funcionó. Cuando tienes menos de un segundo para alzar la vista y comprender lo que está pasando, realmente parece un cuerpo que cae. La gente alucinaba.

En una ocasión le tocó a una pareja joven, cargada de bolsas de la compra. Mientras el muñeco se precipitaba hacia su «muerte», el hombre y la mujer soltaron las bolsas y la compra rodó por la calle. Arriba, en la azotea, reíamos de tal manera que se nos saltaban las lágrimas y nos dolía el estóma-

go. Era una de esas risas que dan la impresión de que uno no volverá a respirar nunca. De no ser por el muro, creo que hubiéramos rodado todos hasta acabar como el muñeco.

El muñeco siempre sobrevivía para ver un nuevo día y fuimos mejorando en su lanzamiento. Una vez lo arrojamos hasta el centro de la avenida Ditmas, frente a un Plymouth del 55 que se acercaba. El conductor clavó los frenos y derrapó lo justo para no aplastar la cabeza del muñeco. El problema fue que las cabezas del conductor y del acompañante sí golpearon el salpicadero. El otro problema era el tamaño del conductor. Era descomunal. Y estaba cabreado. Bajó del coche, miró hacia arriba y nos vio en la azotea. No ayudó mucho que estuviéramos riendo, aunque dejamos de hacerlo en cuanto gritó que subía a por nosotros y que nos iba a tirar a la calle.

Desaparecimos veloces hacia la salida de incendios trasera, bajamos las escaleras del edificio y buscamos resguardo como un puñado de cucarachas cuando se enciende la luz. Había escondrijos en el sótano. No salí hasta que lo vi claro. Siempre que pensaba en las cosas que hacíamos me decía a mí mismo que para un chaval de Brooklyn, meterse en líos era su *trabajo*. Con el tiempo, el muñeco empezó a deteriorarse y la broma perdió su gracia, de modo que pasamos a otra cosa.

Tenía un amigo llamado Joel que vivía en el mismo edificio. Era un chico gordito. Pasábamos juntos todo el tiempo, y Joel hacía todo lo que hiciéramos los demás. Cerca del bloque había un solar vacío donde algunos íbamos a pelear con piedras. Una vez alcancé a Joel con una y la sangre empezó a manar de su cabeza como si fuera una boca de incendios. Parecía una película de terror. Alguien tuvo la sensatez de aplicar presión a la herida y cerrar el grifo. Sorprendentemente, no hizo falta darle puntos.

En otra ocasión, Joel y yo estábamos en un patio vecino tratando de escurrirnos entre dos garajes para llegar a otro, pero su enorme barriga hizo que se quedara atascado y empezó a llorar. Quería ayudarle, pero me estaba riendo de tal modo que no resultaba muy útil. Cuando conseguí parar le dije que quizá necesitásemos una grúa para rescatarle. O quizá habría que demoler uno de los dos garajes. O quizá tendría que perder algo de peso. Por fin conseguí que dejase de llorar y se relajara un poco, y lo sacamos de allí. Al día siguiente me dijo que su madre no le dejaba jugar más conmigo.

Poco tiempo después estaba jugando en mi habitación con un chaval llamado Robert por el que no sentía demasiada simpatía. Corríamos y sal-

tábamos por la habitación atacándonos con todo lo que caía en nuestras manos. En un momento dado, desde la litera superior, agarré una vieja caja de madera de un estante y se la arrojé a Robert, que trató de atraparla pero falló. Uno de los cantos metálicos de la caja le golpeó en la cabeza.

Había sangre por todas partes. Era como la secuela de la película de terror de Joel, esta vez en interiores, con sábanas y paredes teñidas de rojo. Algunos días más tarde tropecé con Robert, que llevaba una tiritita en la frente y me dijo que ya no podía jugar más conmigo. Empezó a ser un patrón repetitivo en el barrio. Diez años y ya tenía una reputación. Por lo que a mí respectaba, era innmerecida. No era mi intención hacer daño a nadie. Sólo trataba de divertirme un poco.

La PS 217 era una escuela estricta. Por la mañana nos poníamos en fila en el patio y marchábamos hacia el interior del edificio, clase por clase, como un ejército. Los chicos debíamos vestir corbata, una camisa abotonada y una chaqueta de sport. El código de vestimenta de las chicas era una falda y zapatos de vestir. Parecían versiones en miniatura de sus madres. Las zapatillas deportivas estaban prohibidas tanto para chicos como para chicas, salvo en el gimnasio.

En clase nos sentábamos por orden de altura, los más bajitos delante y los altos al fondo. Los pupitres eran de madera vieja y oscura y parecían de cuando se fundó la escuela, o quizá antes. Para sentarse había que plegar la parte superior del pupitre. Tenían una ranura para lápices y bolígrafos y un tintero con tapa de latón. Había tantos nombres grabados en los pupitres que los más recientes tapaban los antiguos. Quizá, buscando con atención, encontraría los de mamá y papá.

Comenzábamos el día puestos en pie, con la mano sobre el corazón y recitando el Juramento a la bandera. Una vez sentados, cuando empezaba la lección, debíamos estar en silencio a menos que se nos preguntara. Cualquiera que hiciera ruido o interrumpiese era castigado, lo que solía implicar ir al rincón del fondo, de cara a la pared. Conocía el rincón de memoria, con su pequeña grieta y sus desconchones en la pintura. Por lo general, además, el profesor llamaba a los padres para hacerles saber del mal comportamiento de uno.

Una vez a la semana, o cada dos semanas, sonaba una campana estridente y realizábamos un simulacro de ataque nuclear. Pocos años antes, la Unión Soviética había desarrollado su propio arsenal atómico y se suponía

que vivíamos en estado de alerta. El simulacro se llamaba «agacharse y cubrirse». De hecho incluso había una película de defensa civil bastante boba que se titulaba así.* Los profesores nos conducían al auditorio y nos mostraban a Bert la tortuga, que nos explicaba cómo sobrevivir a un holocausto nuclear. En la película aparecían unos chavales de nuestra edad, bien vestidos como nosotros, que veían un destello luminoso en el cielo. En lugar de dejarse llevar por el pánico, se metían con calma debajo de sus pupitres, se arrodillaban y se cubrían el cuello y la nuca con las manos y los cuellos de sus camisas.

Costaba aguantar la risa. Como si meterse debajo de una mesa fuera a servir de algo en plena explosión atómica. Pero hacíamos lo que decían, no por miedo a que nos friera la onda expansiva y radiactiva, sino por miedo a ir al rincón a contemplar la pared. Si alguna vez hubiéramos visto un destello luminoso en el cielo que anunciara lo que se nos venía encima, dudo que hubiéramos conservado la calma o nos hubiéramos metido bajo el pupitre. Al fin y al cabo, estábamos en Brooklyn.

Desde finales de los cincuenta a principios de los sesenta las cosas se mantuvieron estables año tras año, incluida la escuela, que seguía más o menos como siempre. Lo único que estaba cambiando era mi actitud, que empeoraba a cada semestre. En primer lugar era hiperactivo y me costaba muchísimo quedarme sentado. Golpeaba el pupitre, fundía ceras en el radiador e interrumpía la clase constantemente. Era un culo inquieto. Me costaba prestar atención y mi mente divagaba. Los profesores llamaban a mis padres con tanta frecuencia que terminó siendo una especie de ejercicio de simulacro, tan estúpido como lo de agacharse y cubrirse. Mi padre se sentaba conmigo y trataba de hablarme de mi comportamiento. Me explicaba la importancia de la educación, algo a lo que le sacaría partido más adelante en la vida. «Quizá no te parezca importante ahora, pero cuando crezcas lo entenderás.» Su intención era buena pero no conseguía gran cosa una vez que volvía a clase, a aburrirme y divagar.

Pero tenía algunos profesores buenos, aunque la mayoría terminaran gritándome para hacerme entrar en razón. Y algunas asignaturas me gusta-

**Duck and Cover*, producida en 1951 por el Departamento Federal de Defensa Civil de EE.UU. poco después de que la Unión Soviética diera comienzo a su programa de pruebas nucleares. (N. del t.)

ban. Me gustaba leer, y siempre sacaba la mejor nota en inglés. Las ciencias también me gustaban. Igual que hacía con el tren de casa, disfrutaba tratando de averiguar cómo funcionaban las cosas. No se me daba mal si el tema me interesaba de veras y me dejaban avanzar a mi ritmo.

Por ese motivo participé en la feria de ciencia de quinto grado. Construí un cohete de tres etapas hecho de madera y acero galvanizado. No era una maqueta que funcionara, sólo mi concepto de lo que debía ser el interior de una nave espacial, de acuerdo con todas las películas de ciencia ficción y los noticieros que veía. Mi nave estaba partida por la mitad, en corte transversal, para que todos pudieran ver el interior y los mandos, los asientos y la zona de la tripulación. Mi padre me ayudó, pero yo era el capitán, y el proyecto ganó el primer premio. Para la feria de sexto grado construí un sistema de telégrafo con hilos, una máquina pulsadora y dos grandes pilas Eveready. El telégrafo estaba combinado con una maqueta de tren para que fuera más impresionante. También quedó el primero.

En conjunto, aquello hizo muy felices a mis padres y les compensó en parte por mis otros problemas. Sabían que tenía potencial. Pero no siempre me comportaba como ellos esperaban. La historia no me importaba mucho, porque en lo que a mí respectaba, era cosa de gente que vivía en el pasado. A mí me interesaba más el presente. Las matemáticas eran una de las asignaturas que menos me gustaban. Conocía los conceptos básicos y me bastaba con eso. Podía calcular las vueltas cuando compraba caramelos y no creía que fuera a llegar el día en que necesitara usar un polinomio.

A veces ni siquiera tenía que preocuparme del precio de una tableta de chocolate porque la robaba. Vivíamos a unas diez manzanas de la PS 217. Por la mañana, de camino a la escuela, solía parar en la tienda de chucherías de Maudie y Eddy, mangaba algo pequeño de un estante, me lo metía en el bolsillo y salía de allí. Hasta que un día, a tres pasos de la puerta, cerca de las pilas de periódicos, Maudie me agarró por la muñeca. Su mano era como una tenaza, probablemente por los muchos años de mover cajas y apilar cosas en las estanterías. Sabía que Maudie no me dejaría ir de ninguna manera, de modo que le di un puñetazo en el estómago y salí corriendo de la tienda. Decidí no volver nunca allí, pero en realidad sólo era para evitar a Maudie. Mi error fue dejarme atrapar. Veía a otros chavales que mangaban dulces todo el rato, así que no me parecía para tanto.

Un día, en clase, mi amiga Sandy Stock y yo esperamos a que el profesor se diera la vuelta y le lanzamos un par de proyectiles de papel mojado en saliva. El profesor se dio la vuelta rápidamente, pero nosotros fuimos aún más rápidos. Lo hicimos varias veces hasta que nos pilló con las manos en la masa. Yo era el agitador oficial, de modo que empecé a darme gritos delante de toda la clase. Pensé que se calmaría al cabo de un par de minutos, pero de hecho gritaba cada vez más alto y se acercó a mi pupitre hasta que lo tuve frente a frente. Me sentí atacado, de modo que le di un puñetazo en el estómago como había hecho con Maudie.

Esta vez no hubo escapatoria. El profesor me agarró por el brazo y me arrastró fuera de clase, pasillo abajo. Abrió la puerta del almacén de ciencias, me empujó al interior y me encerró allí. El aula era una pequeña celda de acero y hormigón, abarrotada de tubos de ensayo que empecé a hacer añicos contra el suelo, un poco como si fuera Frankenstein. Cuando acabé con los tubos de ensayo pasé a los libros, los quemadores Bunsen y todo lo que no estuviera sujeto con clavos. La puerta del almacén se abrió de repente, y en el quicio estaba el profesor.

Sabía que me había pasado de la raya y pensé que quizá aquél fuera el final de mi estancia en la PS 217, o en cualquier otra. Sin embargo, el profesor me hizo salir al pasillo. Me calmó, habló conmigo y me explicó que no íbamos a dar ni un paso más en esa dirección. Dijo que no había ninguna necesidad de que el director, ni mis padres, se enterasen de aquello. Sería historia y no volvería a suceder nunca más. Me pareció el mejor profesor del mundo.

Los álbumes eran demasiado caros para que un chaval pudiera permitírselos, pero de vez en cuando conseguía juntar lo bastante para comprar un single, un pequeño disco que giraba a cuarenta y cinco revoluciones por minuto. El primer single que compré en mi vida fue «The Purple People Eater» de Sheb Wooley. La canción habla de un marciano que llega a la tierra y se une a una banda de rock and roll. Es violeta y tiene un enorme cuerno en la cabeza a través del que suena la música. Me pareció una historia cojonuda.

Yo era un gran fanático de la ciencia ficción y la historia contada era para mí tan importante como la música. También estaba loco por las películas de monstruos que veía en el cine y la televisión. De la tele, *Chiller Theatre* y *La dimensión desconocida* eran mis favoritas. *La dimensión desconocida*

no eran simples historias de ciencia ficción. Siempre había algún mensaje. En uno de los capítulos, un empleado de banca fanático de los libros se encierra en la caja fuerte para poder leer sin interrupciones. Mientras está dentro, cae una bomba atómica. Cuando sale de la caja está encantado de que todo y todos hayan desaparecido, así no tiene más que tiempo y libros. Entonces, en el momento en que empieza a leer, las gafas se le caen al suelo y se rompen.

En la Navidad de 1961 mis padres me regalaron mi primera radio. Puede que fuera el día más feliz de mi vida. Me encantaba aquella radio. Era un transistor RCA 3RH10. Sólo sintonizaba la frecuencia AM, ya que la FM era una novedad por aquel entonces. Era muy básica, lo bastante pequeña para caber en la mano, con un enorme dial de sintonización en el frontal. Al costado tenía una rueda de volumen y un pequeño conector para un auricular.

Se me abrió un mundo nuevo. Murray «the K» Kaufman era el gran DJ de la 1010 WINS. Era todo un personaje que no paraba de hacer chistes, reproducir efectos de sonido y gastar bromas. En 1966, Murray the K trabajó en WOR-FM, una de las primeras emisoras de rock progresivo de la historia, y de vez en cuando seguía llamándose a sí mismo el quinto Beatle. No era cierto en 1964, y mucho menos en 1966. Decenas de personas podían atribuirse ese título: el productor George Martin, más adelante el teclista Billy Preston, incluso la polémica media naranja de John Lennon, Yoko Ono. Murray the K ni se acercaba a los primeros puestos de la lista.

A la izquierda del dial estaban Bruce Morrow («Cousin Brucie») y Dan Ingram, en la 770 WABC, una emisora muy potente tanto en vatios como en influencia musical. Los chicos de la WABC hablaban con agilidad e inteligencia y entraban y salían de las canciones como si formaran parte de ellas, pero sin solaparse con las letras. Eran DJs muy finos. Pinchaban grupos nuevos y excitantes como los Four Seasons o Jay and the Americans. Las ondas eran una gran fiesta.

En el verano del 62 se estrenó la canción «Monster Mash» de Bobby «Boris» Pickett. Pickett cantaba como lo hubiera hecho el monstruo de Frankenstein, de haber podido. Era graciosa y pegadiza, con un buen ritmo de rock. Encima, *Frankenstein* era mi película de monstruos favorita de todos los tiempos. Me encantaba el modo de dar forma al monstruo a partir de miembros separados. Aquel verano escuchaba mi transistor a cada segundo, con la espe-

ranza de dar con «Monster Mash». También fabriqué un pequeño soporte de radio para el manillar de mi bicicleta. Estaba enganchado.

Por la noche oía la radio en la cama, bajo las mantas. Si estaba demasiado alta y Fred trataba de dormir, usaba el pequeño auricular que venía con el aparato. Las ondas de la radio AM recorrían miles de kilómetros por la noche. A veces daba con emisoras de California, de Texas o incluso de México. Tenía el planeta entero al alcance de la mano, de modo que era difícil apagar la radio. Por lo general me quedaba dormido con el auricular todavía en el oído.

El 20 de febrero de 1962, toda nuestra clase de cuarto grado, junto al resto de clases, se desplazó al auditorio para ver al astronauta John Glenn despegar desde Cabo Cañaveral para dar una vuelta a la Tierra a bordo del *Friendship 7*. Todos los ojos estaban fijos en un televisor Zenith en blanco y negro de no más de veinticinco pulgadas. Era ciencia ficción hecha realidad. Cuando terminó la cuenta atrás y el cohete despegó, uno sentía la potencia incluso en aquella pequeña pantalla. Cuando la nave atravesó la parte más densa de la atmósfera, incluso el presentador Walter Cronkite, normalmente imperturbable, gritó: «¡Vamos, nena!». Fue así de emocionante.

Ningún americano había estado jamás más de quince minutos en el espacio, y en las horas que siguieron John Glenn dio tres vueltas a la Tierra. La reentrada en la atmósfera era un momento delicado. Había posibilidades reales de que el escudo térmico de la nave fallara y de que la *Friendship 7* se convirtiera en una bola de fuego. Durante uno o dos minutos —que más bien parecieron una hora— hubo un apagón. No se recibía señal de la cápsula y quizá nunca volviéramos a saber de John Glenn. Cuando la nave volvió al encuadre y pudimos escuchar la voz del astronauta, todos los pusimos en pie y le ovacionamos. Era más que un suspiro de alivio. Era un momento emocionante en que todos formábamos parte del mismo equipo. Esa sensación no se olvida.

El verano del 63 fue especial. Mi padre customizó una furgoneta Volkswagen y la dejó igual que la cocina de casa. Con aquella «cocina» viajamos por todo el país. La Volkswagen tenía un motor de 40 caballos refrigerado por aire, de modo que con ella no era posible viajar mucho rato a 80 por hora. Incluidas las paradas que hicimos en el Medio Oeste, tardamos unas dos semanas en atravesar los EE. UU. Nos detuvimos en *campings*, hicimos excursiones, pescamos en riachuelos, aprendimos los nombres de los árbo-

les y nos empapamos de naturaleza. Mi radiotransistor venía conmigo, de modo que durmiera donde durmiera seguía en casa, escuchando los últimos hits.

Cuando parábamos en alguna ciudad, a veces veíamos rótulos en algunas tiendas que decían «Sólo blancos». Pero en su mayoría la gente era muy amistosa y estaba encantada de hablar con nosotros. Me di cuenta de lo grande que era América en realidad y de lo mucho que había por ver fuera de Brooklyn. Era interminable. Me gustaba la carretera.

La ruta terminó en San Francisco. La furgoneta apenas llegó a California y le hacía falta una reparación a fondo si queríamos volver al este. No teníamos dinero para pagar un taller. Pero teníamos a los estibadores. El sindicato era muy fuerte, una auténtica comunidad nacional. Pudimos quedarnos con amigos del sindicato durante un par de semanas, mientras mi padre encontraba un trabajo temporal en los muelles. Al final arreglamos la furgoneta, pagamos la factura y volvimos a poner rumbo al este. Para mí, el cambio de planes y el modo de afrontarlo no supuso ningún problema. Era una aventura.

El 22 de noviembre de 1963, estaba en mi clase de sexto grado cuando uno de los profesores entró en el aula y nos dijo que el presidente John F. Kennedy había sido asesinado en Dallas, Texas. Nuestra profesora rompió a llorar y, cuando la vieron, algunas de las chicas de clase también estallaron en lágrimas. Estaba seguro de que mi madre estaba haciendo lo mismo. El presidente Kennedy era una estrella; un hombre joven y brillante que conectaba con muchísima gente. Kennedy no era el típico presidente. Siempre hablaba de la necesidad de cambio. Me dio pena, sobre todo ver a las chicas a mi alrededor llorando. Pero era unos de esos días, como muchos otros, en los que no quería estar en clase. Me asaltó un pensamiento: «Espero que nos manden pronto a casa.» Y así fue.

Cuando mis padres volvieron a casa esa tarde, fue como si hubieran vuelto a asesinar al presidente. Mi madre y mi padre eran fervientes seguidores de Kennedy. Creían en la igualdad de derechos y de oportunidades, y en la idea de que los mejores días de América estaban por llegar, y estaban destrozados. Se notaba en su día a día, y les duró un largo tiempo. La tarde del domingo 9 de febrero de 1964, mi madre nos llamó a Fred y a mí al salón para ver a los Beatles en «El show de Ed Sullivan». La expectación había ido creciendo toda la semana, desde que los cuatro fabulosos habían

aterrizado en Nueva York, dando ruedas de prensa, imitando a Elvis y bromeando sobre su pelo largo (que tampoco era tan largo). Cuando aparecieron en la pantalla en blanco y negro del televisor de nuestro salón, sentí como el mundo cambiaba ante nuestros propios ojos. Había una electricidad en el aire difícil de describir, pero resultaba imposible estar triste. La primera canción, *All My Loving*, duró unos dos minutos y para cuando terminó las chicas del plató ya estaban enganchadas. El país estaba enganchado. Yo estaba enganchado.

A la mañana siguiente empecé a peinarme hacia delante, como los Beatles. Mi pelo castaño no era lo bastante largo como para agitarlo de verdad, pero supuse que lo sería en algunas semanas. John, Paul y George eran fantásticos, pero yo quería ser Ringo. Estar sentado tras la batería, golpeando, dando a la música toda aquella potencia y aquel ritmo, quería hacer eso. Sabía que *podía* hacer eso.

No había ninguna batería en casa, pero eso no era problema. Constantemente palmeaba la mesa de la cocina con las manos, aporreaba cojines, utilizaba el tenedor y el cuchillo a modo de baquetas. Mi madre me pedía todo el rato que dejara de hacer ruido, cosa que funcionaba durante unos cinco minutos. En el metro, escuchaba el ritmo de las ruedas de acero sobre las vías y lo seguía tocando sobre los muslos.

Cuando estaba a punto de cumplir doce años, mis padres me regalaron mi primera caja. Era un modelo japonés barato, pero mejor que la mesa y los cubiertos. Les convencí para asistir a algunas clases en un sitio del barrio llamado Bromley Music. Bromley no era exactamente una escuela de música espectacular. Básicamente, era una batería montada en el sótano de la casa de alguien. El profesor me enseñó a sostener las baquetas al estilo militar, así como algunas técnicas rudimentarias como *flams* y *paradiddles**. Pasados unos tres meses, sentí que no les sacaba mucho partido a las clases y dejé de asistir. Lo que me hacía falta era mi propia batería.

Unas semanas más tarde, mis padres me llevaron a la tienda de música de Milton Arfin, en Church Avenue, donde me compraron una batería muy básica. El trato era que no iban a gastarse más dinero hasta estar convencidos de que iba en serio con la batería. El conjunto era un bombo con

* Dos ejercicios habituales de los bateristas en los que se combina el uso de la mano izquierda y la derecha en rápida sucesión. (*N. del t.*)

un único tom montado en él, un charles y un ride. Por supuesto, ya tenía la caja.

La nueva batería era de la marca ZimGar y llevaba el logo impreso en el parche del bombo. No me servía, ya que Ringo utilizaba baterías Ludwig. De modo que escribí a Ludwig y les pedí que me enviaran un adhesivo grande. Cuando el adhesivo llegó con el correo (sorprendentemente) lo pegué de inmediato sobre el logo de ZimGar. Justo debajo, escribí *The Beatles* con cinta adhesiva negra.

Cada rato libre que tenía lo dedicaba a ensayar con la batería, instalada en la pequeña habitación que compartía con Fred. Tenía un pequeño tocadiscos de un solo altavoz en el que escuchaba atentamente las partes de batería de mis canciones favoritas. Si me concentraba conseguía aislar los patrones de batería, los ritmos a la contra, los redobles y los acentos. Para cuando la película *A Hard Day's Night* de los Beatles se estrenó en los cines en el verano del 64, no sólo sabía ya cerca de una docena de canciones de los Beatles a la batería, sino que tocaba sobre los temas de otros grupos de la Invasión británica como los Rolling Stones y los Dave Clark Five.

La reacción de Fred a los Beatles y la Invasión británica fue tocar la guitarra. De modo que, en un nuevo viaje a la tienda de Milton Arfin, mis padres le compraron una guitarra eléctrica Harmony para principiantes y un pequeño amplificador Fender Princeton Reverb. La primera banda favorita de Fred fueron los Dave Clark Five, pero pronto gravitó hacia el blues, lo cual le llevó directamente a los Rolling Stones.

Antes de empezar a escribir temas propios, los Rolling hacían versiones de viejos temas de blues de todo tipo. A Fred también le gustaban Jan and Dean, pioneros de la música surf.

Llegados a aquel punto, nuestra habitación apenas daba para acoger las literas, mi batería y el ampli Fender Princeton Reverb, por no hablar del ruido que hacíamos, sobre todo cuando tocábamos juntos. Por ello la familia respiró aliviada cuando pudimos mudarnos a un apartamento de tres habitaciones. Lo mejor de todo fue que era un primer piso del primer edificio en que habíamos vivido durante años, en el 640 de Ditmas. Teníamos doce años, estábamos en secundaria y necesitábamos nuestro propio espacio personal, y ahora también musical.

Mi nueva habitación daba al callejón lateral donde el supermercado de abajo dejaba los cubos de basura. Costaba ignorar el olor a pieles de pláta-

no y grasa que entraba por la ventana, sobre todo en los calurosos meses de verano. Pero era un pequeño precio que pagar por tener mi propia habitación: mi propio *estudio*. Cuanto más tocaba la batería, menos olía la peste.

Fred tenía un amigo en el bloque que pronto le introdujo en los Blues Project, con Danny Kalb a la guitarra, y en la Paul Butterfield Blues Band, con el guitarrista Mike Bloomfield. Yo iba en una dirección algo distinta. En la primavera de 1966, los Who sacaron el álbum *My Generation*. Había un single anterior de los Who, *I Can't Explain*, un tema intenso y melódico de cuatro acordes. Pero la canción que daba título al disco, «My Generation», fue la que me cautivó. Los acordes eran rápidos, duros y potentes, y el batería Keith Moon hacía cosas que nunca había oído antes. Ni de lejos.

Tocaba con un estilo demente y lo impregnaba todo hasta el punto de resultar casi confuso. Añadía redobles salvajes que se superponían a la música y acentuaba las estrofas y los coros en lugares que a ningún otro batería se le hubieran ocurrido. Lo más extraño era que funcionaba. La forma de tocar de Moon hacía las canciones más excitantes, sin llegar a monopolizarlas. Volví de inmediato a mi batería y empecé a experimentar algunas de aquellas técnicas, echando tantas horas como podía.

Como batería autodidacta de trece años, me pareció que ya era lo bastante bueno como para formar una banda. Kenny Aaronson era un bajista de mi edad que tenía un bajo Fender y un ampli Ampeg B-15. Compartíamos influencias musicales y se estaba convirtiendo en un buen músico. El problema era que vivía a doce manzanas de mi casa. Pero Kenny hacía lo correcto y, con el bajo en una mano y empujando el ampli con la otra, atravesaba más de medio kilómetros de calles, aceras y cuestas hasta llegar a nuestro bloque. Se convirtió en la otra mitad de la base rítmica.

El guitarrista vivía a un par de bloques. El cantante era mi amigo Steven Bakur. Nos reuníamos en mi habitación al terminar las clases y nos apretujábamos entre la batería, los amplis de guitarra y bajo y otro ampli más para las voces; la habitación parecía achicarse aún más en cuanto empezábamos a tocar. Como estábamos en el primer piso no había nadie abajo que pudiera quejarse, ya que no había ningún apartamento. Los del piso de arriba no tenían tanta suerte. Tuvimos que oír algunas protestas, pero no tantas como habíamos previsto. La verdad es que debía de ser un bloque de pisos bastante enrollado. Mis padres nos apoyaban mucho, se aseguraban de

que tuviéramos bastante comida y nos avisaban cuando tocábamos demasiado alto hasta para ellos.

Nos llamábamos los Uncles, en homenaje a la serie de televisión «The Man from U.N.C.L.E.», que estaba más o menos inspirada en las películas de espías de James Bond. Como nos estábamos preparando para un concierto —el primero de nuestra vida— para la junta estudiantil del colegio Ditmas, nos dejaron hacer unos cuantos ensayos en el auditorio, después de clase. Fue la primera vez que pisaba un escenario y me emocioné. Sin público que absorbiera el sonido, éste rebotaba en las paredes y hacía que todo sonara aún más alto. Ya no estábamos en mi habitación, junto a los cubos de basura.

En el primer concierto estaba un poco nervioso, y creo que los demás también. A medida que iban entrando diez, veinte, cincuenta chavales, supe que había terminado el tiempo de los ensayos. Si dábamos pena, no habría donde esconderse al día siguiente. Por otro lado estábamos muy excitados y cuando más se acercaba el momento, más ganas tenía de demostrar lo que podíamos hacer.

El repertorio incluía *My Generation* de los Who y *(I Can't Get No) Satisfaction* de los Rolling Stones. El resto de temas eran éxitos de radiofórmula de grupos como los Animals, los Beach Boys, los Searchers y Jan and Dean. A los pocos minutos de empezar me di cuenta de que tendíamos a acelerarnos. Era una reacción natural a la emoción de tocar en directo. Podía empezar cualquiera de nosotros; primero el guitarrista se aceleraba, después el bajista, y así. Por lo que a mí respectaba, era tarea del baterista —*mía*— mantener el tempo de la canción y dirigir en lugar de seguir. Ese día lo hice lo mejor que pude dadas las circunstancias.

Les gustamos a los chicos de Ditmas. Para mí no fue una experiencia habitual. Enseguida noté un nuevo respeto por parte de los tíos, las tías y sí, incluso algunos profesores; hasta los más duros, gente que había luchado en la Segunda Guerra Mundial y no eran exactamente fanáticos del rock and roll. Sin embargo, tocar la batería —ya fuera jazz, en una big band o incluso en un grupo de rock and roll— era un trabajo muy físico que exigía fuerza y coordinación. Era algo que podían comprender. A partir de ese día me miraron algo distinto.

Los Uncles llegamos a tocar en algunos de los bailes de Ditmas y en unas pocas fiestas del vecindario. Nuestra base era el Centro Judío de Ocean Parkway, entre la avenida Ditmas Avenue y la 18. En aquel mismo sitio ha-

bía asistido a reuniones de novatos con mi grupo de *boy scouts* a los ocho o nueve años, con los mismos chavales que ahora acudían a los conciertos. Decían: «Hala, fíjate en Marc. No toca mal». Me sentía muy cómodo en el Centro Judío. La cultura judía tiene un rico historial de entretenimiento. Si no eras músico, actor o humorista, tenías algún tío que lo era.

No solo tocábamos en el Centro Judío. Lo hacíamos siempre y en cualquier sitio que nos dejaran, desde iglesias y fiestas a los sótanos de la gente. Yo era feliz de ser apreciado por hacer lo que quería e intentaba mejorar todo el rato. Era muy fan del batería Hal Blaine, miembro de los famosos Wrecking Crew, un grupo de músicos de sesión de California que trabajaban siempre con Phil Spector y habían tocado en incontables éxitos de radiofórmula. Si escuchabas a Nancy Sinatra, Elvis Presley, los Beach Boys, las Ronettes o Simon and Garfunkel, era muy probable que estuvieras escuchando a Hal Blaine.

Llegué a ser capaz de saber en menos de un minuto si Blaine tocaba en este o aquel disco. Tenía un estilo muy particular, con rellenos a la contra muy característicos y un estilo que destacaba aún más al terminar la canción. Constantemente memorizaba aquellos elementos musicales para utilizarlos en el momento adecuado.

Para mí, estar en una banda incluía parecerlo. Me dejé crecer la melena como los Beatles. En 1965, aquello equivalía a una especie de peinado desgredado y con flequillo. En 1966, significaba lo mismo pero unos centímetros más largo. Llevaba botines tipo Beatles y trajes que también recordaban lejanamente a los Beatles. Tenía una pinta estupenda para un chaval de instituto, lo que sin duda me ayudó con las chicas.

Pero mi aspecto tenía sus inconvenientes y algunos profesores de DITMAS me hicieron la vida difícil. El profesor de gimnasia, Mr. Gross, era un marine retirado de treinta y muchos. La tomaba con muchos de los chicos de la clase por cualquier motivo, incluido no echarse al suelo y hacer cuarenta flexiones. Era como si nunca hubiera dejado los marines. En su cabeza seguía siendo un sargento chusquero que entrenaba a un puñado de novatos de catorce años para la Guerra de Corea. A mí me daba más caña que a nadie. Hacía hasta la última dominada, sentadilla y flexión que me pedía, pero nunca era suficiente.

Un día caminaba por el vestíbulo, con la corbata aflojada alrededor del cuello, cuando apareció de la nada Mr. Gross, que era totalmente calvo. Parecía Don Limpio sin el pendiente. Me agarró por el brazo y me hizo des-

filas hasta su despacho. Pensé rápidamente en qué podía haber hecho, pero no se me ocurría nada. Gross cerró de un portazo, se dio la vuelta hasta quedarse a un palmo de mi cara y empezó a gritar con todas sus fuerzas.

«¡Estoy hasta las narices de ti! No prestas atención en clase. Distraes a los demás. ¿Crees que tienes derecho a fastidiar al resto de alumnos sólo porque tú no quieras estar aquí?»

«No estoy fastidiando a nadie. Usted me está fastidiando a *mí*.»

Me disponía a seguir discutiendo cuando Gross empezó a darme empujones en el pecho. Me quedé sorprendido y cuando le aparté el brazo de un manotazo se echó atrás y me dio un par de bofetadas. Hice cuando pude para controlarme, pero en cuanto la mano abierta de Gross hizo contacto físico con mi pómulo, me arrojé sobre él. Lo siguiente que recuerdo es estar viendo las estrellas. Me había dado un buen golpe en la nuca. Todo lo que pude hacer fue tratar de mantener el equilibrio y fingir que escuchaba el resto de su bronca.

Cuando llegué a casa se lo conté todo a mi padre. Él, sentado, escuchaba con mucha calma y me hizo alguna que otra pregunta. Al día siguiente, en la escuela, no me hicieron ir al despacho del director, lo que fue un alivio. Por tarde mi padre volvió antes del muelle. Se había tomado medio día libre para hacer una visita a Gross. En el mismo despacho donde Gross casi me dejó inconsciente, mi padre le dijo que era un sádico y un bastardo y que si volvía a ponerme la mano encima, sería lo último que hiciera.

Mr. Gross nunca volvió a molestarme, pero algunos otros profesores seguían tomándola conmigo en clase. Era por mi peinado. Era por mi ropa. Era por mi actitud. También algunos estudiantes lo hacían. Había tensión entre los chavales que seguían vistiendo como en los años cincuenta y aquellos que cambiábamos con los tiempos. Yo no era el único objetivo, pero sí el primero.

Por suerte estaba a punto de terminar la escuela. Lo único que hizo soportables los últimos meses fue mi primera novia de verdad. Alyson y yo empezamos a salir en abril del 67. La acompañaba a casa cada día al terminar las clases y salíamos siempre que podíamos. Vino a algunos ensayos. Unas pocas semanas más y no sólo me habría largado de Ditmas sino que tendríamos todo el verano para estar juntos.

Entonces me dio la noticia. Por un momento pensé que íbamos a romper. En cambio, Alyson me explicó que sus padres tenían un bungalow en

Connecticut y que iba a tener que pasar todo el verano con ellos. Era mejor noticia, pero tampoco mucho.

Los Uncles dieron su último concierto en un club de St. Marks Place, en Greenwich Village, llamado The Electric Circus. Estaba en una vieja casa consistorial y salón de baile construido en el interior de tres viejísimas viviendas de ladrillo de cuatro pisos. Pocos meses antes de nuestro bolo el lugar paso a manos de una nueva gerencia que le cambió el nombre y lo re-decoró con grandes y modernas pistas de baile, sofás, luces estroboscópicas y proyectores por todas partes. Nosotros cuatro tocamos las versiones habituales, pero estaba claro que no éramos la atracción principal. En las pantallas se proyectaban imágenes psicodélicas con formas que cambiaban sin parar. Había juglares, tragafuegos y trapevistas. Era difícil competir con aquello, a menos que emparara mi batería con queroseno y le prendiera fuego.